

Algunas **notas biográficas** sobre el
Cardenal **Ciriaco María Sancha y Hervás**,
alumno destacado de nuestro Seminario

INTRODUCCIÓN

“Ciriaco María Sancha y Hervás, alumno destacado de nuestro Seminario”. Estoy seguro de que en muchos de los aquí presentes, al saber que iba a tener lugar esta charla, inmediatamente les surgió en su mente alguna de estas preguntas: ¿quién fue este hombre? ¿qué relación tuvo con nuestra Diócesis y con nuestro Seminario? ¿cuándo vivió este “famoso” Cardenal Sancha y Hervás criado eclesialmente a los pechos de nuestro Seminario?

Preguntas todas ellas lógicas pues pocos son los que conocen el estrecho vínculo que el protagonista de esta conferencia tuvo con nuestra Diócesis y, particularmente, con nuestro Seminario.

Por este motivo quisimos elegir la figura del Cardenal para presentarla en este acto académico. Por ello y porque, además, el pasado mes de febrero se han cumplido cien años de su muerte. Un gran hombre, un ejemplar cristiano, un virtuoso Obispo que forjó su personalidad entre los muros del Seminario y al que el Señor llamó para servirle en esta Diócesis, en Santiago de Cuba, y más tarde -ya en España- como Obispo auxiliar de Toledo, como Obispo de las Diócesis de Ávila y de Madrid-Alcalá, como Arzobispo de Valencia y, finalmente, como Arzobispo de la Sede toledana donde murió tras serle concedida la dignidad cardenalicia.

La vida de este diocesano nuestro que realizó sus estudios sacerdotales en el Seminario de El Burgo de Osma, donde también fue profesor, está cuajada de importantes acontecimientos pero, sobre todo, de una inquebrantable fidelidad al Evangelio, que cautivó a sus contemporáneos y a cuantos se han ido acercando a su vida. Una existencia caracterizada por su sencillez y amor a los pobres, como nos dirá después Rubén, así como por su apasionada adhesión a la Sede Apostólica.

Brevemente trataré de exponer las notas biográficas de un hombre abierto a la vida del Espíritu, sensible a toda forma de vida consagrada y fundador de tres familias religiosas; del Obispo que organizó el movimiento católico contemporáneo en España desde sus inicios; del Pastor que condujo a la Iglesia española en circunstancias muy difíciles.

Un hombre al que veremos muy pronto en los altares como modelo de Pastor y fidelidad a Cristo.

DE FAMILIA HUMILDE

El Siervo de Dios, Ciriaco Sancha y Hervás, nació en el año 1833 y murió en el año 1909. Su vida abarca, pues, casi tres cuartas partes del siglo XIX y la primera década del siglo XX. Años estos de verdadera convulsión en la vida social, política y eclesial de España, con sus repercusiones en las colonias españolas de ultramar. Liberalismo, carlismo, el derrocamiento de la Monarquía, la masonería, el anticlericalismo, fueron acontecimientos que marcaron la vida y el ministerio sacerdotal y episcopal de Ciriaco Sancha y Hervás.

Como hemos indicado, Ciriaco nace el 18 de junio de 1833 en Quintana del Pidio, provincia de Burgos, por entonces dependiente eclesialmente de la Diócesis de Osma. Fue el séptimo de los hijos del matrimonio de Ambrosio Sancha y Baltasara Hervás.

De familia profundamente cristiana, pasa su infancia en la escuela y asistiendo al catecismo. Pasan los años y, en vista de un futuro sacerdotal, el párroco del pueblo empieza a darle algunas lecciones de latín y el maestro es el encargado de aleccionarle en gramática, pulirle la ortografía e iniciarle en humanidades¹. Ciriaco, en medio de grandes penurias económicas, se muestra esforzado en los estudios, trabajador en el campo con su padre, de carácter moderado y enérgico y espontáneo en su religiosidad².

Así, y tras estudiar latín en la preceptoría regentada por el párroco de Peñalba de Castro, donde trabajaba su padre, ingresa en el Seminario en septiembre de 1852. Entre sus muros, el joven Ciriaco fue forjando una noble personalidad adornada de grandes virtudes, entre las que destacaron -como base de todas las demás- su probada fe, su dinámica esperanza y su ardiente caridad.

¹ Cfr. PABLO LÓPEZ OLIVEROS, *El Cardenal Ciriaco-María Sancha Hervás, padre de los pobres*, Toledo 1989, 13.

² OLIVEROS, 13.

Pero ¿cómo surgió en el joven Ciriaco el querer ser sacerdote?
¿Cómo fueron sus años de formación en nuestro Seminario?

Ninguno de los biógrafos del Siervo de Dios ha encontrado motivos especiales en su decisión de hacerse sacerdote. En los viejos pueblos castellanos todas las familias querían tener un hijo sacerdote, un religioso o una religiosa. No olvidemos que en aquella época, según Isidoro García Herrera, primer biógrafo del Cardenal, la provincia de Burgos daba por año un promedio de mil quinientas o dos mil vocaciones a la Iglesia³.

Pues bien, con la ayuda del párroco del pueblo, Ciriaco fue admitido en el Seminario de El Burgo de Osma en septiembre de 1852⁴. El tribunal de admisión examinó los documentos personales e informes de los estudios ya realizados y lo consideró apto para ingresar en el único curso de filosofía de la carrera breve o abreviada. Al finalizar el curso escolar, en junio de 1853, se presentó a examen y obtuvo la calificación de “*benemeritus*”. En el curso siguiente (1853-1854) hizo el primero de teología que superó con la calificación de “*meritissimus*”. Ya el 6 de noviembre de 1853, apenas iniciado este segundo año, el Obispo de Osma, Fr. Vicente Horcos Sanmartín, le confirió la primera tonsura clerical en la capilla del palacio episcopal.

Al año siguiente, en el curso académico de 1854-1855, según consta en el libro de matrículas y calificaciones del Seminario, cursó como alumno interno segundo de teología, aunque no sabemos la calificación obtenida en los exámenes de junio, pues no consta en ninguno de los libros. Podemos suponer que, al igual que el año anterior y al igual que los sucesivos, obtendría la calificación final de “*meritissimus*”.

Aunque iniciado en la carrera breve, “*su personalidad, juntamente con su comportamiento*” llamó muy pronto la atención de los profesores y del Sr. Obispo, quienes, además de becarlo, le aconsejaron ampliar los estudios matriculándose entre los alumnos que cursaban la carrera completa⁵. Así, fue admitido en esta carrera en septiembre de 1856,

³ HERRERA 1, 31.

⁴ HERRERA 2, 33.

⁵ HERRERA 2, 48.

completando su preparación con algunos estudios realizados privadamente⁶.

Ciriaco va avanzando en su preparación para el sacerdocio. Así, recibe las órdenes menores y el subdiaconado, en la capilla del palacio episcopal, en las tómporas de la Santísima Trinidad, celebradas el 5 y 6 de junio de 1857.

En el curso académico siguiente, 1857-1858, comenzó a ejercer la docencia en nuestro Seminario, como profesor de Humanidades: latín, religión e historia; al mismo tiempo estudiaba, como alumno interno, el tercero de filosofía, aprobándola a final de curso, nuevamente, con la calificación de *"meritissimus"*.

Antes de finalizar este curso, en el que Ciriaco era alumno y -a la vez- profesor del Seminario, y después de haber completado los estudios referidos a la carrera breve, hizo la solicitud para la admisión al presbiterado. El Obispo lo admite para las órdenes mayores que se habían de celebrar en las tómporas de Cuaresma del año siguiente. De esta manera, fue ordenado sacerdote el 27 de febrero de 1858. Unos días más tarde, el 4 de marzo, cantó Misa en su pueblo natal.

Tras la ordenación, debe seguir sus estudios de carrera completa. Y los sigue con una brillantez que le hace destacar notablemente entre todos sus compañeros de aula y de claustro. Una muestra clara es la tesis que defiende en junio de 1859 para optar al grado de bachiller en Teología bajo el título *"Características de la verdadera Iglesia y si la Iglesia romana posee esas características"*, tesis que fue aprobada con la calificación de *"nemine discrepante"*⁷.

Ese mismo año, el Obispo le encomendó la secretaría del Obispado. Ciriaco compagina todas estas tareas, junto con la de profesor de filosofía, y termina sus estudios en 1861. Ese curso continúa impartiendo clases en el Seminario y hace las oposiciones a la canonjía magistral de la Catedral

⁶ *Copia publica Transumpti Processus toletani, S. vita et Virtutibus S. D. Cyriaci Mariae Sancha y Hervás*, f. 5.

⁷ *Copia publica Transumpti Processus toletani, S. vita et Virtutibus S. D. Cyriaci Mariae Sancha y Hervás*, II, f. 17.

pero, a pesar de haber aprobado las pruebas y ejercicios, no alcanza el suficiente número de votos para obtenerla⁸.

Nos encontramos en el ecuador del año 1861. Y es aquí dónde la relación entre el sacerdote Sancha y Hervás y nuestro Seminario (y también con la Diócesis) se rompe. Se rompe efectivamente aunque no afectivamente pues el joven Ciriaco llevará siempre en su corazón al Seminario, en donde pasó los mejores años de su juventud -nueve años-, del que tanto recibió y al que tanto dio, sin escatimar nunca esfuerzos ni sacrificios.

Y es que en el mes de julio de 1861 había muerto el Arzobispo de Santiago de Cuba, Manuel Conqueruela, y la Santa Sede había dispuesto que le sucediera D. Primo Feliciano Calvo Lope, natural de El Burgo de Osma. El Obispo Calvo Lope propone a Ciriaco que viaje con él a ultramar como secretario; el Siervo de Dios, obediente siempre a la voz de la Iglesia, accede. Aún habrá de pasar un año hasta que marchen. Es el 10 de mayo de 1862.

SACERDOTE EN CUBA

Comienza así una nueva etapa en la vida de D. Ciriaco. En Cuba desarrolló una fecunda labor apostólica, orientada en gran medida al servicio y alivio de los damnificados por la primera guerra de independencia cubana; a tal fin fundaría en 1869 las Hermanas de los pobres inválidos y niños pobres, en la actualidad Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha. Dos años antes, en 1867, moría de forma repentina el Arzobispo de Santiago de Cuba, Don Primo Calvo, quedando vacante la sede isleña.

La revolución de 1868, y la posterior proclamación de la I República, abrían un triste capítulo de anticlericalismo en España. Un grave incidente se produjo cuando el gobierno eligió a Pedro Llorente Miguel para ocupar la diócesis de Santiago de Cuba; candidato de dudosa conducta, no llegó a recibir de Roma la bula de nombramiento para ocupar la sede cubana. Se abrió un cisma en aquella archidiócesis (1-agosto-1873), que provocó el ingreso en prisión de don Ciriaco y don José María Orberá y Carrión –encargado temporalmente de aquella Diócesis–

⁸ HERRERA 1, 53.

por permanecer fieles a la Santa Sede. Esta fidelidad, troquelada a lo largo de un año de encarcelamientos, se vio reconocida en ambos clérigos con la dignidad episcopal en los primeros compases de la Restauración.

OBISPO AUXILIAR DE TOLEDO

El 13 de marzo de 1876 recibía la consagración episcopal de manos del Arzobispo de Toledo, don Juan Ignacio Moreno, como Obispo auxiliar de la Diócesis primada. Añadía a su primer nombre el de María, por su devoción a la Madre de Dios. Ejerció su ministerio sobre todo en Madrid, que dependía eclesialmente de Toledo, y allí estuvo encargado de la vida consagrada. Asimismo, preparó el camino para que Madrid fuera erigida diócesis; en su ministerio se impulsó la construcción de un templo en honor de Santa María de la Almudena.

OBISPO DE ÁVILA

Seis años más tarde, en 1882, ante la delicada situación de la Diócesis de Ávila por el estado de salud de su Obispo, don Ciriaco María fue nombrado para aquella sede habiendo dado, según apunta el informe de la Secretaría de Estado de Su Santidad, *“pruebas evidentes de su saber, de su prudencia, de su ejemplarísima conducta, de su piedad, de su celo y de su sincera devoción y adhesión a la Santa Sede y a la augusta persona del Santo Padre”*.

En Ávila volvió a hacer gala de una incansable actividad asociada a una profunda vida interior. Fruto de lo cual fue la visita pastoral por toda la diócesis. Se dedicó con todo entusiasmo a impulsar el espíritu sacerdotal de su clero y elevar el nivel moral, intelectual y espiritual del Seminario, creando una sección de seminaristas pobres. Asimismo, fundó la primera Trapa femenina de España en Tiñosillos, dotándola de unas constituciones propias, adaptadas a la realidad española.

En Ávila no fue ajeno al desarrollo de los acontecimientos sociales y políticos nacionales, en los que luchó por la independencia de la Iglesia frente a las ingerencias del poder civil. Durante estos años se produjo un hecho que vino a zarandear la tranquila vida de don Ciriaco María en la diócesis abulense: Miguel Morayta –catedrático de Historia y reconocido masón– con motivo de la apertura de curso en la Universidad Central de

Madrid (1884), pronunciaba una polémica lección inaugural que propició una carta pastoral de don Ciriaco María; carta que fue secundada por varios obispos en sus respectivas diócesis y que provocaría diversos incidentes universitarios en la capital. Ya desde su estancia en Ávila, Sancha manifestó su preocupación por uno de los problemas centrales que angustiaban a la Iglesia española de su tiempo: la maltrecha unidad de los católicos.

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

En Ávila pasaría seis años hasta que en 1886 fue preconizado Arzobispo de Santiago de Compostela, diócesis que nunca llegó a ocupar.

Promovido en octubre de 1884 para ser el primer Obispo de Madrid-Alcalá, la Santa Sede contemplaba en él no sólo su fuerte adhesión al Santo Padre, sino también su agudeza de mente y la constancia en llevar a cabo sus proyectos. Cualidades todas ellas muy importantes para levantar una diócesis naciente y con problemas difíciles de resolver. Pero la oposición enconada de un ministro –agraviado por la libertad de espíritu con que don Ciriaco María denunció el discurso de Morayta en la Universidad Central– aconsejó a la Santa Sede poner su mirada en otro candidato. Sin embargo, el asesinato de don Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá, obligó a un cambio de planes: don Ciriaco María aceptaba en circunstancias sumamente difíciles esta sede recién creada renunciando a la de Santiago, sede que conllevaría un seguro título cardenalicio. El 8 de septiembre de 1886 haría su entrada solemne en la capital.

Lo primero que ocupó su empeño en la Diócesis de Madrid-Alcalá fue la reforma de un clero de aluvi3n que, procedente de toda España, en la Villa y Corte se sentía libre del control de sus Obispos de origen.

Los actos conmemorativos para festejar el jubileo sacerdotal del Papa León XIII empezaron a dar las primeras pruebas de un talento organizador que le seguiría a lo largo de todo su ministerio como Obispo. Sensible a la preocupación eclesial y social del Papa, se situó en primera línea entre los Obispos por su visi3n de la realidad española. En la primavera de 1889 organizaba el primer Congreso cat3lico nacional, primero de una serie de seis que se celebrarían en distintas capitales

españolas con el fin de propiciar la unidad de los católicos y su organización para hacer frente a los retos del momento; si esa unidad era prácticamente imposible en lo político, al menos habría que intentarlo en el terreno social, educativo y propagandístico.

Al hilo de los Congresos católicos, se instituyó la Junta Central de Acción católica, en la que colaborarían con él las personalidades más relevantes del catolicismo español. La publicación de la encíclica *Rerum Novarum* le hizo intensificar la divulgación de la Doctrina social de la Iglesia. Otras realizaciones en la capital del Reino fueron el impulso dado para la creación del Seminario Conciliar, fomentando el acceso de los pobres a la carrera eclesiástica, la prosecución de las obras de la Catedral de la Almudena, la implantación de nuevos institutos religiosos, así como asociaciones de laicos para la propagación de la fe y la caridad. El número de parroquias que se encontró a su llegada a la capital fue de veinte; treinta dejó a su salida de la misma.

ARZOBISPO DE VALENCIA

Pero su ya fecunda vida no estaba llamada a terminar aquí. En 1892 se piensa en él para ocupar el Arzobispado de Valencia. Nuevamente, aunque con dolor, acepta el honor que el Santo Padre le hace y le manifiesta sus deseos de *“servir fielmente a la Iglesia y al Estado, cuyos intereses comunes deben andar siempre unidos, y acrecentarse al amparo de la armonía y de la paz”*⁹.

El 17 de noviembre de 1892 hacía su entrada en Valencia. Se encontró con una realidad muy compleja y convulsa por su desarrollo industrial y la presión que el republicanismo anticlerical ejercía sobre los obreros.

En 1893 organizó el primer Congreso eucarístico nacional. Su inquietud social le llevó a fundar el Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras, del que sería presidente. En este contexto se inscribe la peregrinación nacional obrera a Roma que organizó con motivo del jubileo episcopal del Papa León XIII, y que congregó a 18.000 obreros de toda España en abril de 1894.

⁹ *Copia publica Transumpti Processus toletani, S. vita et Virtutibus S. D. Cyriaci Mariae Sancha y Hervás, f. 1377.*

En el consistorio del 18 de mayo de ese mismo año don Ciriaco María era creado Cardenal.

La conversión del Seminario Central en Universidad Pontificia se cuenta entre sus logros en la Diócesis de Valencia, siempre buscando la mejor formación de los seminaristas y la promoción moral y espiritual del clero. Dicha promoción resultaba extremadamente difícil debido, entre otras razones, al estado de indigencia en que se encontraban los sacerdotes, sin medios para su propia subsistencia. A fin de hacer frente a esta situación, fundó el llamado Montepío del Clero Valentino, institución que unió a los sacerdotes en un común esfuerzo por su supervivencia y realce moral, intelectual y espiritual. Trabajó con esfuerzo para liberar al clero de compromisos políticos, consciente de que en ello se jugaba la dignidad del estado sacerdotal. Además, ejerció una notable influencia en los intelectuales valencianos por medio de tertulias mensuales que convocaba en el palacio arzobispal y una revista científica que se publicaba periódicamente.

ARZOBISPO DE TOLEDO

El 24 de marzo de 1898 era nombrado Arzobispo de Toledo, haciendo su entrada solemne el 5 de junio. Tomaba posesión de la archidiócesis primada justo en el año del llamado “desastre del 98” marcado por la pérdida de las últimas colonias, y con el encargo de la Santa Sede de liderar la unidad de los católicos y del episcopado en España. La desorientación en la que estaba inmersa la Iglesia española era muy grande. A ello tuvo que hacer frente el Cardenal, exhibiendo una vez más su inquebrantable fidelidad a la Santa Sede.

Se encontró también aquí con un Seminario en estado lamentable, por lo que al mes de su ingreso en la diócesis encomendó la formación de los seminaristas a don Manuel Domingo y Sol y a su Hermandad de Sacerdotes Operarios; cosecharían grandes éxitos en la promoción de ese centro tan vital para cualquier diócesis. El Seminario formó parte de sus desvelos más continuados y consiguió imprimir un nuevo estilo de sacerdote: de profunda y recia espiritualidad, de una sólida formación intelectual y humana, enmarcado todo ello en un estilo sencillo y de gran amor a la Iglesia.

La realidad social, política y eclesial que se encontró en la ciudad del Tajo era de enorme decadencia. Trabajó con celo incansable por la promoción social y espiritual de sus fieles. A tal fin colaboró decisivamente en la fundación de las llamadas Damas Catequistas, que desplegaron una gran actividad evangelizadora en la capital y distintos pueblos de la diócesis, en el mundo obrero y carcelario, cosechando abundantes frutos de conversión. La reinstalación de los jesuitas en Toledo sirvió para dar un nuevo vigor a todas estas obras. Igualmente impulsó el sindicalismo de inspiración católica. También promovió la fundación de periódicos católicos que, fieles a las orientaciones del Papa y de los Obispos, sirvieran para crear un clima de conciliación en una España revuelta por un sinfín de turbulencias ideológicas.

Coincidiendo con sus últimos años de vida, en 1907 convoca la primera Asamblea de los Obispos españoles con el objetivo de tratar proyectos comunes, sentando el precedente más importante de las futuras Conferencias de metropolitanos y de la actual Conferencia Episcopal Española. Una nueva generación de obispos –más libre de ataduras políticas y más unida a la Santa Sede que a los gobiernos de turno– se abría camino en España. Todos los esfuerzos emprendidos por el Cardenal a lo largo de su dilatado ministerio episcopal –aderezados con no pocos sinsabores procedentes de sus hermanos Obispos–, por fin daban sus frutos.

HACIA LA CASA DEL PADRE

Una fría mañana de febrero, en la que Toledo amaneció nevado, don Ciriaco María dispuso que el carromato del Arzobispado se llenara de víveres y ropa para socorrer a los menesterosos de los arrabales de la ciudad. Cuando regresó a casa, su debilitada salud se vio gravemente resentida por un severo enfriamiento.

A los pocos días, el 25 de febrero de 1909 fallecía en Toledo el Cardenal Sancha, conocido por todos como *“el padre de los pobres”*. *“El Emmo. Sr. Sancha, que se distinguió también por su amor a los pobres, ha muerto pobre y ésta es su mejor corona de gloria”*, sentenciaba la revista *La Cruz*. *“Vivió pobre, murió paupérrimo”*, reza el epitafio de su lápida sepulcral. Fueron precisamente los pobres quienes contribuyeron a sufragar el coste de dicha lápida como gratitud a su caridad singular. No

sólo Toledo; toda España quedaba huérfana. Al día siguiente de su muerte, el Senado de la nación expresaba su más sentido pésame. El ministro de Gracia y Justicia, marqués de Figueroa, manifestaba la condolencia del Gobierno y destacaba, entre otras muchas cualidades, *“un corazón todo afecto y caridad; ésa era la mayor fuerza de su espíritu”*.

Esta opción comprometida hacia los más necesitados se extendió por cuantos lugares tuvo oportunidad de ejercer su ministerio. Su avanzada visión social para aquellos tiempos iba a la par con una coherencia de vida que le hacía estar presente allá donde la miseria mostraba su cara más amarga.

CONCLUSIÓN

Concluyo. Rastreando por la documentación, se pueden atisbar algunos rasgos de la personalidad del Cardenal, entre los que destacan una fina inteligencia, una proverbial modestia y una gran constancia para llevar adelante los proyectos más dispares.

Sirva como testimonio la respuesta personal y reservada que el Nuncio de Su Santidad en España remitía al Cardenal Secretario de Estado, Mariano Rampolla, informándole sobre la persona más idónea que a su juicio podría ser elevada al cardenalato en el supuesto de que el Papa se dispusiera a crear un cardenal español. Según su parecer, entre todos los prelados españoles, el más digno de la sagrada púrpura era don Ciriaco María Sancha y Hervás. Después de una afirmación tan rotunda – muy difícil de encontrar en un diplomático– el Nuncio justificaba sus palabras en la mucha instrucción y variada cultura de don Ciriaco María; su espíritu apostólico y celo incansable; su admirable devoción y amor a la Santa Sede; su dulzura, modestia y sencillez de trato; su facilidad de palabra; su caridad admirable por la que se hacía todo a todos; las dotes de gobierno que lo adornaban; el ardor con el que emprendía las empresas más arduas y sabía conducir las a término... Todas estas actitudes hicieron del próximo beato un modelo de Pastor para todo tiempo y un ejemplo logrado de vida cristiana. Pero de estas cualidades del Cardenal escuchamos, a continuación, las palabras de D. Rubén.